

Libros

12

CHINA
NEGRA

Algunas veces, escribir una novela no parece tan difícil. Es cosa de comenzar y continuar, con paciencia, llenando páginas en las que haya una razonable cantidad de lujo, de misterio, de romanticismo (o, mejor aún, de la velada posibilidad de un romance), de personajes curiosos, de encuentros sorprendentes, de nuevas amistades, etc., a lo que siempre viene bien unir un crimen, una muchacha sensual y misteriosa y una buena cantidad de información de actualidad sobre un tema que nos preocupe a todos. Si además uno es una persona culta, ha leído bastante poesía y domina ciertos efectos de melancolía y claroscuro, tanto mejor. Incluso se puede crear, durante un largo rato, quizá hasta la mitad de la novela, la sensación de estar leyendo un libro muy agradable y relajante, incluso un libro precioso y lleno de detalles poéticos y de información interesante sobre el presente de China, que uno querrá recomendar a los amigos.

El inspector Chen pertenece a la tradición del detective esteta. Después de estudiar literatura inglesa en la universidad y de iniciar una carrera como traductor de poesía y de novelas de detectives, se ha visto, quien sabe cómo, metido en la policía, donde ha llegado a convertirse en un investigador célebre. Todo esto tiene ligeros toques de Tintín, lo cual no es, en principio, nada malo.

La tierra baldía

Es esta una novela negra con características chinas: en vez de sordidez, golpes y *whisky*, hay lagos y poesía, aunque los lagos estén contaminados. El inspector Chen Cao se pasa el tiempo citando poemas ingleses, antiguos poemas chinos, textos confucianos y dichos tradicionales; todo lo que sucede le trae a la memoria algunos bonitos versos de la dinastía Tang o Ming, y durante la mayor parte del libro parece mucho más preocupado en escribir un extenso poema sobre la contaminación del lago Tai que en intentar seducir a la encantadora Shanshan, ingeniera medioambiental, o en avanzar en la investigación sobre el asesinato del director de una

planta química que constituye el núcleo de la trama. ¿Será bueno, por cierto, un poema que tiene como tema la contaminación de los lagos y los ríos? Chen lo relaciona todo el rato con *La tierra baldía*, de T. S. Eliot. El guiño, la verdad, es un poco tosco.

A cualquier precio

La acción progresa lentamente con abundantes conversaciones plagadas de citas de antiguos poetas y muchas repeticiones, pero nos permite adentrarnos un poco (aunque, la verdad, sin profundizar en exceso) en las curiosas contradicciones de un país que es comunista y capitalista al mismo tiempo. Sorprende la cantidad de retórica maoísta, lenguaje vacío e hipocresía falsamente idealista (por ejemplo, la referencia a los «tres años de desastres naturales») que perdura en un país cuyo verdadero interés es la modernización sin contemplaciones y el enriquecimiento a cualquier precio. Se insiste mucho en que el policía Chen, aunque «pertenece al sistema» y «trabaja dentro de él», es un idealista de enorme integridad capaz de hacer grandes cosas por su país.

Es en estos detalles donde la ingenuidad tintinesca se nos hace más indigesta. Como cuando Chen le dice a su amigo Zhao, miembro de los altos cuadros del Partido Comunista, que no puede ser que el milagro económico chino se lleve a cabo a costa del medio ambiente, y el otro, muy serio, afirma que en la siguiente reunión del Politburó dirá que China ha de optar por un crecimiento sostenible. Pero esto ya ni siquiera es Tintín, porque ni siquiera el personaje de Hergé sería tan simple ni tan ingenuo.

ANDRÉS IBÁÑEZ

EL CRIMEN DEL LAGO
QIU XIAOLONG



Trad. de
Victoria
Ordóñez Diví
Tusquets,
2013
19 euros
★★★★★



Un soldado repara los
daños en un edificio en
cuya fachada se puede leer:
«Bienvenidos a Sarajevo»

SARAJEVO,
ESTADO DE SITIO

El poeta bosnio Izet Sarajlic permaneció en Sajarevo durante el asedio a la ciudad. Más de mil trescientos días de terror y muerte que plasmó en versos a caballo entre el diario y la crónica bélica

Todo es poetizable: hasta el horror y crueldad de la guerra lo es. La de Troya generó el máximo monumento épico occidental: la *Ilíada*. La moral hoplítica de la nueva polis produjo la propaganda bélica de Calino de Efeso y Tirteo de Esparta, y el contrapunto a ambos que es Arquíloco de Paros, «arrojador de su escudo», como Horacio lo sería después. Los líricos latinos de la generación de Catulo fueron un precedente de los *hippies* y, mucho antes que estos, recomendaron no hacer la guerra sino el amor. De ellos parte la teoría del amor cortés y la lírica de los trovadores.

Pero la guerra nunca ha dejado de ser literaturizada: lo

fue en muchos sonetos de nuestro siglo XVI; lo fue en nuestra Guerra de Independencia; lo siguió siendo en nuestra última Guerra Civil, como lo fue también en las dos últimas guerras mundiales. Y es que hasta lo terrible –bien representado– es capaz de producir emoción estética.

Tragedia y vergüenza

Izet Sarajlic (Doboj, 1930-Sarajevo, 2002) lo demuestra en este poemario que tiene mucho de diario íntimo y no poco de crónica bélica. Pero no es el detalle lo que en él importa, sino el sentimiento y el valor de *humanitas* que fundamentan y sostienen su poetizada vivencia y su no menos piadosa reflexión: porque lo que su lectura produce en nosotros

es una profunda sensación de
nietas.

El filólogo clásico Sinan Gudzevic -amigo del poeta y que ha colaborado con Fernando Valverde en esta traducción- explica que el apellido Sarajlic quiere decir que sus antepasados estuvieron ligados a la ciudad de Sarajevo, escenario de una de las últimas matanzas de la Historia, a la que Occidente no prestó en su día ni presta aún la suficiente atención.

Los tres años, diez meses, tres semanas y tres días que duró su cerco superan en tiempo al de Stalingrado: los poemas de Sarajlic describen la intrahistoria de ese asedio visto desde una conciencia moral y lírica que se erige en panóptico vo colectivo de un mo-

Printed and distributed by NewspaperDirect
www.newspaperdirect.com US/Can: 1.877.980.4040 Intern.: 800.6364.6364

